

RAMSEY
CAMPBELL



INFLUENCIA

La tía abuela de la pequeña Rowan ha fallecido... ¿o no? La vieja Queenie se niega a desaparecer en el olvido, y hace todo lo que está en su fría mano para volver de la tumba. Persigue a la niña en sus pesadillas nocturnas, codicia su alma, trata de empujarla hacia una eternidad oscura, hacia la nada. Rowan se aferra a la normalidad con todas sus fuerzas, pero tal vez la voluntad de una niña pequeña no sea suficiente para resistir la terrible influencia de la maléfica Queenie.

«*Influencia* es puro Ramsey Campbell en la cima de su potencial para aterrorizar. Sólo un gran maestro del horror como él puede suscitar en el lector tanta desazón y congoja». —Clive Barker

«Campbell es el principal exponente del género de terror de finales del siglo XX. *Influencia* es vívido y contundente». —*Publishers Weekly*

«El concepto de la estremecedora "nada" de *Influencia* recuerda al de la "desintegración" que introdujo Paul Auster en *El país de las últimas cosas*. Ambos tratan con maestría ese miedo tan posmoderno que tenemos al vacío». —*Literary Times*

«Ramsey Campbell es legendario. Así, sin cortapisas. No es un adjetivo que se usa a la ligera; es una verdad». —*El Comercio*

A Catherine y J. K. Potter, que me ayudan a iluminar la oscuridad («El último sueño dice la verdad», dice Guilda Kent).

Agradecimientos

Algunas amabilísimas personas me han ayudado a escribir esta novela. Cuando me preparaba para escribirla, conocí *The Dark Country*, de mano de Dennis Etchison, y Tony Mendoza me compró un bolígrafo en Ensenada para que pudiera trabajar en mis notas. Mientras escribía disfruté de la hospitalidad de Tom y Barbara Doherty en Connecticut y de Doug y Lynne Winter en Washington, sin mencionar a la World Fantasy Convention en Providence. Quisiera también dedicarle unos agradecimientos especiales a Howard Kaylan, Mark Volman y Joe Stefko de The Turtles. Como siempre, a mi mujer Jenny, que me ayudó con el nacimiento de esta novela, y a mis hijos Tamsin y Matty, que hicieron más llevadero el proceso de escribirla.

1

El autobús que salía de Liverpool aceleraba en el paso elevado y la tormenta nocturna de Gales cruzaba la bahía para salir a su encuentro. Alison Faraday no conseguía ver nada en los muelles o en el puerto deportivo, salvo la lluvia y algunas luces borrosas, y tuvo la impresión de estar ahogándose. Al final del paso elevado, las amplias casas georgianas de Waterloo se veían como bloques de lodo. Bajo el monumento de las Cinco Farolas (cinco globos rodeando un ángel de piedra) pasaba un tren deslizándose sobre el puente como una anguila. Una vez pasada la estación, el autobús hacía saltar los charcos de agua cerca de la tienda de reparaciones de calzado Thompson; camino de Mount Pleasant las ventanas de las terrazas se hacían más pequeñas conforme estaban más cerca de los tejados. Entonces Alison arrastraba los pies por el ondulante pasillo hacia la salida del trabajo.

El poste de cemento de la parada del autobús estaba tan empapado que se deshacía al contacto de sus dedos. Se dirigió hacia una calle paralela y se enfrentó a la tormenta de agosto. El abrigo y el uniforme de enfermera se le pegaban al cuerpo cuando intentaba abrirse camino por aquella calle estrecha bajo las lámparas de sodio. En la calle oscura, las ventanas parecían suspendidas en la nada, como si la casa de Queenie flotara sobre sus cimientos. Era como un barco sobre las dunas, una mole oscura que acababa de zarpar, que se alzaba sobre las casas vecinas como

una torre. Arriba, entre las chimeneas y la inclinación de los caprichosos tejados de pizarra, la ventana de Queenie enviaba su luz resplandeciente hacia la bahía. Alison sintió que se le encogía el estómago cuando llegó al final de la calle y, bajo aquel aguacero, trató a tientas de encontrar la verja.

El camino del jardín estaba resbaladizo a causa del musgo. Alison se agachó, poniéndose el bolso sobre la cabeza para protegerse de la lluvia mientras buscaba sus llaves y, entonces, una luz proveniente del recibidor iluminó los parterres llenos de hierba agitada. Hermione había abierto la puerta de golpe.

—A Derek lo han llamado para un trabajo y ella ha estado llamando a Rowan a gritos.

Hermione tenía que haber salido corriendo hacia la puerta cuando escuchó el roce de la verja sobre el camino. Sus delicadas facciones parecían apretujadas en la niebla de su cara rechoncha; las marcas con forma de pulgar que tenía debajo de los ojos parecían más pronunciadas que nunca.

—Me he quedado con Rowan para asegurarme de que seguía durmiendo.

Alison apretó con suavidad los brazos de su hermana, pues era lo más parecido a un abrazo que podía darle estando empapada, y cerró la puerta tras de sí con la ayuda de sus tacones.

—Ahora todo va bien. Estoy aquí.

—Y estás calada hasta los huesos —dijo Hermione, la hermana mayor protectora—. Te prepararé un café con *brandy* mientras te cambias. Ahora ya está tranquila. No me molestaré en subir.

—Creo que voy a echar un vistazo para ver cómo está.

Hermione se echó hacia atrás el cabello canoso, ni rizado ni liso del todo, y se frotó la frente como si así pudiera hacer desaparecer sus arrugas.

—Supongo que tienes razón —dijo gravemente—. Ya sabrá que estás aquí.

El recibidor, tan ancho que cabría un coche en él, se prolongaba durante quince metros hasta las escaleras. Sobre la pantalla de la lámpara de vidrio policromado habían caído trozos de escayola que proyectaban sombras de moho en las paredes empapeladas. Temblando por el frío que hacía dentro del edificio, Alison subió las zigzagueantes escaleras, cuyos peldaños se combaban hacia la parte trasera de la casa. En el primer rellano había tres pasillos poco iluminados que formaban una T. Avanzó de puntillas por el pasillo de enfrente hacia la habitación de Rowan.

Los muebles blancos de la habitación de Rowan (la cómoda, la cama y el armario) casi parecían perderse sobre la extensa alfombra raída circundada por paredes de color rosa pálido. La niña estaba tumbada con la mejilla apoyada sobre la palma de su mano y el pelo rojizo le caía desordenadamente sobre el rostro; cuando Alison se lo apartó de los ojos, la niña se giró hacia ella murmurando: «Abajo, en el sótano», a pesar de que en casa no había ninguno. Así, con los ojos cerrados, parecía más una versión dulcificada de Derek con ocho años: la nariz roma, los labios ligeramente gruesos, la frente ancha y la mandíbula cuadrada. Alison besó sus largas pestañas y le arregló las sábanas metiéndolas bajo el colchón. Después se dirigió con pesadez y lentitud, como apagada, hasta la siguiente habitación: la que compartían Derek y ella.

Era como si hubieran reducido el apartamento que tenían en Liverpool hasta convertirlo en un estudio, con una cama, un tresillo y el resto de los muebles que encajasen cómodamente en la habitación. Alison se quitó las capas de ropa que llevaba encima y se empezó a abrochar un vestido cuando la puerta de la habitación se abrió y se escucharon unos pasos lentos. Era Hermione, que entraba sin hacer ruido, sosteniendo una rebotante taza de café.

Hermione observó con aprobación que Alison se bebía el café y permaneció ahí cuando ya se lo había terminado.

—¿Quieres que suba contigo?

—Sé cómo manejarla —dijo Alison. Después continuó, precipitadamente—. Ya has hecho más de lo que está en tu mano.

Le devolvió la taza y se encaminó, decidida, hacia las escaleras, como si ése no fuera el momento de dudar. El siguiente tramo era mucho más empinado y se tuvo que agarrar a la inestable barandilla. A medio camino, su mano tocó la pared trasera de la casa y sintió cómo se deshacía el yeso bajo el papel marrón.

Una vez arriba, la escalera se ramificaba en tres pasillos: los de los lados no tenían luz, y Alison oía la tormenta mientras trastabillaba en la oscuridad. Delante de ella, dos bombillas pendían de una maraña de cables gruesos, y la más lejana se había desprendido del casquillo oxidado. En cuanto Alison dejó atrás la primera bombilla, los tablones que pisaba bajo varias capas de alfombra desprendieron un olor a rancio y humedad. Su sombra se extendía por el pasillo delante de ella. El silencio permeaba las habitaciones detrás de puertas que ya no encajaban bien en aquellos marcos deformados. La oscuridad olía a cerrado y se volvía más impenetrable al final del pasillo, donde estaba la habitación de Queenie. Alison agarró el pomo que colgaba torcido de la cerradura y abrió la puerta.

La habitación resultaba sombría incluso vista desde la oscuridad del pasillo. El tono amarronado de los libros, que se apilaban por las paredes allá donde hubiera espacio, parecía condensarse bajo la luz plomiza. Entre las pilas de libros, el color negro de los armarios y cajones absorbía el brillo que llegaba ya de por sí apagado a las esquinas de la habitación. Entre la puerta y la pared del fondo, de cara a la amplia ventana, Queenie estaba tendida en su cama.

Quizá había estado contemplando la tormenta, o las luces lejanas de Gales, pues tanto los visillos como las desco-

loradas cortinas de terciopelo estaban descorridos. Sin embargo, parecía que ahora dormía, con una mano apoyada en el libro abierto que tenía contra el pecho. A Alison se le entrecortó la respiración. Nunca había visto a su tía tan rejuvenecida: el perfil, largo y afilado, la barbilla prominente, las facciones amontonadas en la mitad del rostro como si los labios finos y apretados le regatearan a los demás rasgos ese espacio. Parecía bastante más joven de ochenta años. ¿Estaba acaso algo más que dormida? La habitación parecía exhalar un olor a desinfectante y papel viejo cuando Alison avanzó de puntillas, asaltada de repente por aquel miedo de su infancia de que Queenie se iba a incorporar de repente en sus casi dos metros de altura. Ahora ya estaba lo bastante cerca como para poder leer el título del libro que tenía Queenie debajo de su mano arrugada: *El cuidado del niño*. Entonces, Queenie habló:

—Pareces sorprendida, hija mía.

Su voz sonaba tan débil como sus labios y tan cortante como su rostro. Tenía que haber estado mirando por debajo de sus párpados, pensó Alison, enfadada con su corazón por latir con tanta fuerza.

—Me parece bien que sientas interés por algo.

—Alguien tendrá que hacerlo en esta casa. Mi niña estará en la cama, supongo, no jugando con esos mugrientos amigos suyos o por ahí con ese obrerucho de tres al cuarto.

—Ese del que hablas es mi marido, y su padre —replicó Alison con calma—. Y me gustaría que le dejaras hacer algo al respecto de la electricidad de aquí arriba.

—En mi casa no hará más que lo que yo le pida.

Queenie se incorporó con la ayuda de los codos y el cuerpo, que con toda esa altura resbalaba rígido sobre las sábanas desvaídas. Le clavó la mirada a Alison.

—Tendrías que estar agradecida de que le dé cobijo, después de que te casaras con alguien inferior, igual que tu padre. Dirás que fue por amor —continuó arrastrando la úl-

tima palabra, temblando; después su voz se volvió más dura—. Veo que aún no has traído las mascarillas.

—Queenie, ya te dije que no puedo sacarlas del hospital. Si te preocupa tanto coger una infección...

—No te atrevas ni a pensarlo. Me quedaré donde he vivido siempre y que Dios se apiade del que intente moverme. —El párpado derecho cayó, arruinando así la simetría de su rostro, hasta que lo volvió a levantar con tal esfuerzo que dejó los dientes al descubierto. Entonces se acomodó en la almohada. Los ojos se le cerraban—. Péiname. No quiero parecer una bruja.

Sólo era una anciana amargada y solitaria tratando de embaucarla, se dijo Alison. Fue al tocador junto a la ventana, que temblaba en la informe oscuridad, y cogió el peine y el cepillo. El borrón de luz alrededor de la cama parecía más pequeño que nunca. Dejó los cepillos sobre la mohosa colcha de retales y comenzó a peinarla con ellos desde su acartonada frente.

—No te quedes ahí como una tonta. Cuéntame cómo te ha ido el día.

Alison le habló del niño al que habían circuncidado el día anterior y a quien sus padres aún no habían ido a visitar; el niño de cuatro años que no paraba de decir «Uno grande» y que la enfermera creía que se refería a su osito de peluche y por eso no lo llevó al baño hasta que fue demasiado tarde; el chiquillo de seis años cuya marioneta tuvo que bajar con él en la camilla para someterse a la misma operación... Queenie dejaba entrever sus dientes cada vez que Alison le pasaba el cepillo por el pelo, incluso dio la impresión de que la anécdota del niño de cuatro años le había dado asco. De niña, a Alison siempre le agotaba responder a esa batería de preguntas, pero ahora el silencio era igual de exigente. Cuando Alison agotó el tema del hospital, Queenie la miró de soslayo, con el ojo derecho medio cerrado.

—Me has dicho más de lo que crees, querida. Me has dicho lo insatisfecha que estás con tu vida.

—No con mi vida, sino con el sistema, a veces. Nunca pensé que ser enfermera fuera fácil, y la vida no siempre nos lleva por donde queremos ir.

Queenie dejó escapar un suspiro que dejó más al descubierto sus dientes.

—Mi padre me educó para buscar siempre lo mejor y no contentarme con menos. Si hubiera más gente que se negara a renunciar a los ideales que les inculcaron, quizá el mundo sería un lugar menos infernal.

Queenie se tensó de nuevo cuando Alison, ayudándose de los peines, le recogió el pelo en moños por encima de las orejas.

—Si quieres saber mi opinión, harías mejor en dedicarle menos tiempo a cuidar de la prole de otros y concentrarte más en la tuya.

Alison bajó la voz para mantener la calma.

—Rowan tiene padre y madre, y tanto él como yo...

—No estoy diciendo nada en contra de la niña. Es todo lo buena que puede ser para los tiempos que corren. Me recuerda a mí a esa edad —dijo Queenie, y se quedó mirando fijamente a Alison como para asegurarse de que entendía que aquello era un cumplido—. Sobre todo en que a ella lo que más le gusta es leer un libro a solas.

Pero tú no sacaste ningún provecho de todas esas lecturas, pensó Alison. Queenie no tardó en hablar:

—Seguro que piensas que yo podría haber sacado más provecho de ese aprendizaje. Mi padre siempre dijo que ya sólo mejorar uno mismo, sin intentar cambiar el mundo, era el trabajo de toda una vida. Pero te sorprenderé de nuevo: tráeme aquí a la niña y verás cuánto puedo ayudarla a mejorar su lectura.

Alison pensó que a lo mejor Queenie estaba perdiendo la noción del tiempo.

—A lo mejor mañana, Queenie, ahora es hora de que duerma.

—Tu hermana dijo eso hace ya unas cuantas horas y la he dejado dormir hasta que llegaras. No creas que puedes hacer lo que quieras en esta casa sólo porque yo tengo que estar aquí tumbada. Bien lo sabe tu hermana, y tú también deberías saberlo.

Alison dejó el cepillo en el tocador y se preguntó si estaría siendo poco razonable. ¿Cuánto le quedaba a la anciana para pasar tiempo con la niña? Después de todo, a Rowan le quedaba todavía más de una semana para empezar las clases en el colegio nuevo. Antes de que se pudiera dar cuenta, Alison iba camino de la puerta.

—Eso es. Tráela aquí —la instó Queenie.

Alison vaciló allí de pie, entre la ventana que temblaba y el claro de luz que rodeaba la cama. La impaciencia de Queenie la había puesto en guardia y le había aclarado sus pensamientos. A veces daba la impresión de que Queenie hablaba en nombre de la familia cuando en realidad lo que buscaba era definirse. Pero ¿cómo se le habría pasado por la cabeza despertar a la niña a estas horas? Se dio la vuelta para negarse todo lo amistosamente que pudo y la anciana se incorporó agarrándose con los puños al edredón, con los ojos descoloridos abultados por la furia. La puerta se cerró de golpe.

Queenie se inclinó hacia delante, sus enjutos brazos temblaban por el esfuerzo; estiró su cabeza hacia Alison, adelantando la barbilla.

—Dame tu palabra de que irás ahora mismo a por ella.

—No a estas horas —dijo Alison, y avanzó hasta la puerta.

Alguna corriente de aire había tenido que cerrarla, se dijo, y de todas formas nunca se cerraba bien... Entonces se dio cuenta de que el portazo la había encajado en el marco. Agarró el pomo con las dos manos y tiró hasta que notó que la cerradura al otro lado de la puerta empezaba a

soltarse. Hiciera lo que hiciera, no pensaba plegarse a los miedos soterrados de su infancia y de la de Hermione. Queenie sólo era una vieja malhumorada y ella no iba a suplicarle que abriera la puerta, como ya hizo Hermione una vez. Soltó las manos de la puerta y se acercó de nuevo a la cama.

—Parece que tendremos que esperar a que Hermione o Derek desatasquen esto.

Los labios de Queenie se plegaron hacia atrás con una mueca tan feroz que parecía que se iban a romper.

—O me traes a la niña o ya podéis ir marchándoos de esta casa, tú y todos vosotros. Pero recuerda que no tendrías que sufrir mi hospitalidad si no fuera por ella, y quizá así no estés tan dispuesta a quedártela para ti.

—Te estamos agradecidos, Queenie, pero no parecías disgustada de tener a una enfermera en casa.

A Queenie se le tensó todo el cuerpo: el cuello retorcido, los brazos huesudos. Su mirada era cortante como el hielo.

—Crees que no puedo hacerlo, ¿no es eso? Te equivocas. Yo misma traeré a la niña —dijo con una voz grave y poderosa como el viento y empujó con fuerza para levantarse de la cama.

Tenía la intención de abrir la puerta. Alison se movió para impedírselo pues su instinto de enfermera le decía que el esfuerzo podría ser demasiado para Queenie, cuyo rostro empezaba ya a cambiar de color. Quizá era la luz, que se había ensombrecido de repente. Intentó quitarse la penumbra de la cara parpadeando o restregándose, como si se tratara de telarañas. Se agachó hacia Queenie con las manos extendidas y algo oscuro, extenso y asfixiante se alzó de la cama y se abalanzó sobre ella, haciéndola caer al suelo.

Había sido tan sólo el peso de la ropa de cama, las mantas y la colcha. Cuanto más pugnaba por librarse de ellas, más la envolvían y se asfixiaba por el olor a ropa y a

carne rancia que desprendían, a libros ajados y desinfectante. Debía de ser su propio forcejeo lo que la estaba enredando. Consiguió liberar una mano y se arrastró sobre la alfombra llena de calvas hasta que, tortuosamente, consiguió liberarse de la maraña de ropas. Se arrastró sobre su trasero, se puso de pie y se giró hacia la cama.

Queenie yacía sobre el desgastado colchón, respirando con dificultad. Todo su cuerpo parecía estar haciendo un enorme esfuerzo por emitir un sonido. Tenía los brazos rígidos a ambos lados del cuerpo y las manos se aferraban al camisón rosa con tal fuerza que se le transparentaban las costillas. Tenía la vista fija en algún punto más allá de la tenue bombilla, y sus ojos sin brillo intentaban ver a ciegas algo que sólo ella podía ver. Una convulsión tan fuerte como la que debía de haber hecho volar las mantas arqueó su cuerpo, sosteniéndolo solamente sobre sus codos y sus tobillos, y consiguió balbucir, como en una plegaria desesperada: «Padre». Entonces la vejez le inundó el rostro y los ojos se le quedaron en blanco, sin vida. Cuando se le hundió la barbilla y la boca se le desencajó, la luz desapareció con un ruido, como si una polilla hubiera roto la lámpara, y la oscuridad se adueñó de la habitación.

2

La pareja que vivía cerca de la reserva de ardillas de Freshfield insistió en compartir con Derek la comida del congelador que les había arreglado. No iban a poder comérsela antes de que se estropeará, le dijeron, y además insistieron en pagarle lo que le debían íntegramente. La tormenta arreciaba por todo Gales mientras Derek conducía por la carretera de Southport. En Hightown, donde los árboles se doblaban casi paralelos al suelo, el zumbido de un helicóptero de rescate resonaba sobre el mar. No se veía nada en la llanura, salvo las luces cambiantes de los semáforos que salpicaban de rojo la oscuridad de la carretera. La carne congelada resbalaba dentro de la bolsa, que iba en el asiento del copiloto, cuando el coche tomaba las curvas y Derek pensó que podría arreglárselas trabajando por su cuenta si hubiera más gente como ellos.

Tenía que hacerlo. Hace un año pensaba que podría conseguirlo de no haber sido porque su contratista se había quedado en la ruina. De todos modos, él había querido ser su propio jefe desde que conoció a Alison, cuando trabajaba en la residencia de estudiantes de enfermería: ella estaba sacándole el mayor partido a su formación y él tendría que hacer lo propio con la suya. Muchos de los clientes del contratista ya conocían a Derek, apreciaban el cuidado y la pericia que ponía en su trabajo y le habían prometido que lo ayudarían.